



EL BARCO  
DE VAPOR

SERIE SE VENDE

# Se vende papá

Care Santos



Ilustraciones  
de **Andrés Guerrero**

Primera edición: febrero de 2011

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Care Santos, 2011  
© de las ilustraciones: Andrés Guerrero, 2011  
© Ediciones SM, 2015  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Niko Miralles,  
que todavía es analfabeto.*



# ● 1

## UN PADRE PERFECTO LLEGA DE REPENTE

VIERNES POR LA NOCHE. Pizza cuatro quesos. Palomitas y regaliz. Película de piratas. Tu mejor amigo esperándote en el sofá y su padre que acaba de prepararlo todo en las mesitas plegables y dice:

–Óscar, Nora, ¡la cena y la película están preparados!

¡Fantástico! ¿Puede haber una manera mejor de empezar el fin de semana?



Los viernes, la madre de Óscar siempre llega tarde porque hay club de lectura en la librería El Librodrilo (ella es la dueña). A mí me encantan las reuniones de lectores (y aún más los cuentacuentos), pero la del viernes por la noche no me interesa, porque está dirigida a padres y madres y solo leen libros de esos aburridos para aprender a educarnos. Ya sabéis, libros que solo con ver el título ya te entran ganas de tirarlos por la ventana: *Aprende a decir no a tus hijos* o *Prohibidas las golosinas*, y cosas por el estilo.



Los viernes por la noche, el padre de Óscar se queda con nosotros haciendo tareas atrasadas de la casa. A veces plancha, o cose –¡se le da muy bien!–, o prepara la cena mientras escucha la radio. Es fantástico, porque deja que Óscar se quede en el salón hasta tarde, y además le da permiso para ver la película que más le guste, ¡e incluso para manejar el mando a distancia! ¿Os habéis fijado en que los padres siempre quieren tenerlo y no lo sueltan por nada del mundo?



De modo que era viernes. Habíamos ido al videoclub a alquilar la última peli de nuestra pirata preferida, Mimí Katiuskas. Ya la habíamos visto en el cine, por supuesto, pero teníamos muchas ganas de volver a alucinar con las argucias de Mimí y sus amigos surcando todos los mares de la Tierra, cómodamente instalados en el sofá. La película iba a empezar de un momento a otro. La pizza se acercaba por el pasillo y olía a gloria. Óscar me esperaba para dar el primer bocado y yo bajaba la escalera con el pelo mojado y la ropa sucia en la mano, porque me acababa de duchar.

–Venga, date prisa –escuché que decía mi amigo, mientras yo patinaba con los calcetines limpios por el pasillo.

Óscar apretó la tecla *play* del mando.



–¡Me han dicho que en esta los anuncios son muy buenos! –dijo.

A Óscar y a mí nos encantan los anuncios de las películas. A veces, incluso más que la propia película. Nos lo pasamos genial mirándolos, sin perdernos ni uno. Óscar tenía razón: esos prometían. El primero iba de una casa encantada llena de bichos asquerosos que vivían en el sótano. Y el segundo, de un oso polar muy simpático que se marchaba a la selva amazónica en busca de aventuras.



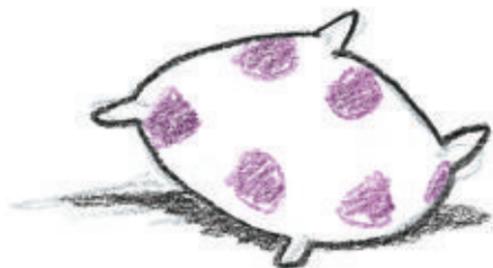
Tomé un trozo de pizza y me dejé caer sobre el sofá justo cuando unas carcajadas aterradoras acompañaban al título –en letras rojas– de la primera peli. Óscar y yo nos miramos a los ojos, como queriendo decir: «Esta también la querremos ver», y asentimos con la cabeza. Los dos teníamos la boca llena.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

–¿Quién será a estas horas? –preguntó el padre de Óscar, poniendo cara de extrañado y soltando la plancha.

No prestamos la mínima atención. El oso polar nos había dejado helados. El primer trozo de pizza ya dormía dentro de nuestras tripas. Entonces escuchamos una voz que conocíamos bien. Una voz fuerte como la de un cantante, acompañada de una carcajada simpática y segura.

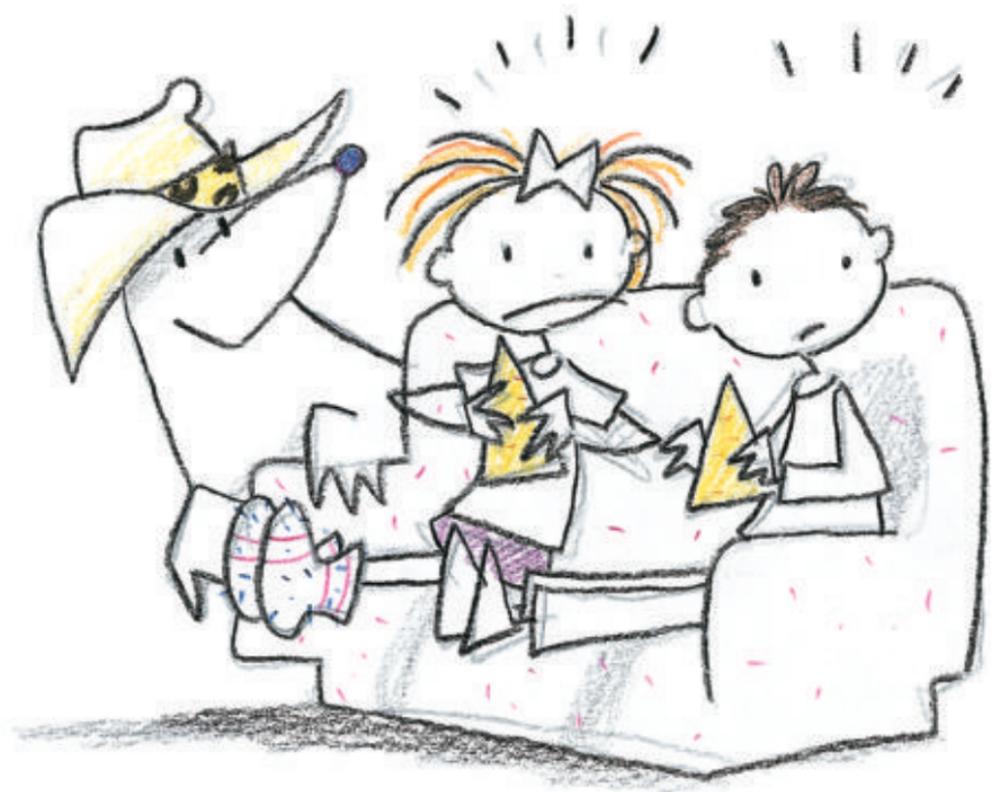
Era mi padre.



Óscar apretó la tecla *pause* del mando y la imagen se quedó congelada en la pantalla.

Me di la vuelta para mirar hacia la puerta. Ahí estaba mi padre. Con su sonrisa encantadora, de pie, junto a una maleta enorme.

–Buenas noches. Acabo de llegar de los Estados Unidos y vengo a buscar a Nora –anunció.



Corrí hacia él y le di un abrazo muy fuerte, mientras intentaba calcular cuánto tiempo llevaba sin verle. ¿Seis meses? ¿O habían sido siete? Me atrapó entre sus brazos de oso y me apretó, como hacía cuando era pequeña. Por si no lo sabéis: es fantástico que tu padre te abrace como un oso.

–Pasa, por favor. No te quedes en la puerta –dijo el padre de Óscar–. ¿Te apetece una porción de pizza?

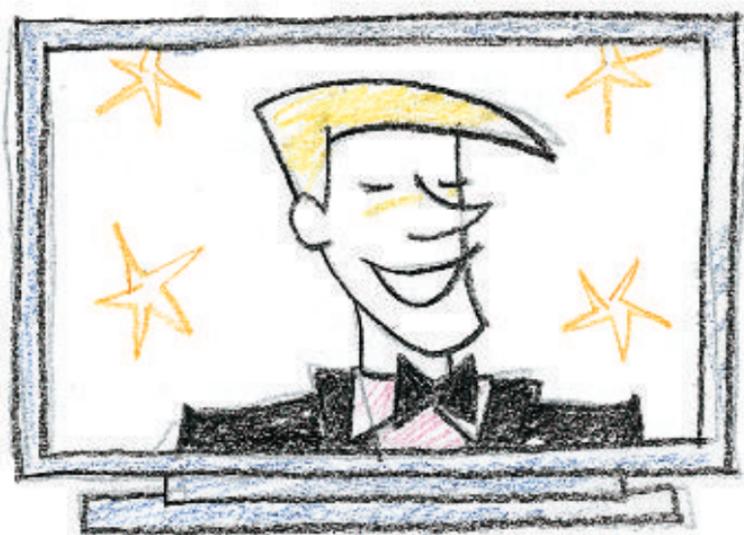
–¿Pizza? –dijo mi padre arrugando la nariz–. No, gracias, ya he cenado.

Pasó al comedor. Miró las mesitas con la cena y la película congelada. Pareció muy extrañado. Óscar me contemplaba con ojos de pánico, como preguntando: «¿Te tienes que ir sin ver la peli que llevábamos semanas esperando?».

En ese momento me habría encantado poder hacer con la realidad lo mismo que acababa de hacer con la película. Es decir, congelarla ahí mismo.

Lo haré un momento, pero solo para explicar cuatro cositas:

1. Mi padre es presentador de televisión. Hasta una semana antes de su aparición estelar en el comedor de casa de Óscar, presentaba un concurso muy famoso llamado *El más memo siempre gana*. Era un concurso horrible, pero tenía un éxito enorme. En mi escuela todo el mundo estaba enganchado. Por descontado, en mi cole todo el mundo cree que mi padre es el hombre más interesante del mundo y que yo soy la niña más afortunada, precisamente por ser su hija. A mí, tener un padre famoso nunca me ha gustado demasiado. Pero en esos momentos, y sin saberlo, estaba a punto de descubrir que puede haber cosas peores.



2. Fue por culpa del éxito de ese concurso horrible por lo que me fui a vivir con Óscar. Mi padre viajaba mucho. El concurso lo grababan en unos estudios de Madrid. Últimamente, además, la cadena de televisión para la que trabajaba decidió comprar un canal de Estados Unidos y hacer una versión del concurso, presentada también por su estrella más reconocida. Es decir: papá. Yo vivía entonces con una novia suya que se llamaba Fermina Daza (me caía fatal) y que, de repente, se fue de casa. Como a nadie le parecía bien que me quedase sola mientras papá viajaba de un lado para otro, decidimos que viviría un tiempo con Óscar (que es mi mejor amigo) y sus padres. Tener un amigo como Óscar es fantástico. Es como tener un hermano, pero sin tenerle que aguantar cuando no tienes ganas.



3. Óscar tiene un hermano. Se llama el Garbanzo. Bueno, tiene un nombre de los normales, más bien aburrido, pero nosotros preferimos llamarle el Garbanzo, porque cuando nació era pequeñito y arrugado. Todavía no camina, pero ya come judías verdes. Estaría mejor que fuera al revés, ¿no? Yo no tengo hermanos, pero tengo una gata que también vive con nosotros. Se llama Mamá y le gusta mucho dormir dentro del armario de las toallas (en realidad, dentro de cualquier armario).



4. Yo soy Nora. Cuando comenzó esta historia tenía casi diez años. Mi color preferido es el naranja. Las cosas que más odio son: el pescado, la verdura, recoger los juguetes, ir a dormir temprano y los deberes de matemáticas. No tengo madre. Quiero decir que mi madre se fue cuando yo tenía solo unos meses, y no la he vuelto a ver más. Cuando hablamos de ella, mi padre se pone triste. Siempre dice lo mismo: «Los adultos, en ocasiones, nos equivocamos mucho».

Ahora ya podemos descongelar la imagen.

*Play.*

–¡Me he quedado sin trabajo! –dijo papá contento, como quien da una buena noticia–. Con todo esto de la crisis, la cadena de televisión se ha arruinado y no tienen suficiente dinero para pagarme.



-Vaya, lo siento muchísimo -dijo el padre de Óscar, sinceramente compungido.

-¡Pues yo no! -respondió mi padre, como si tal cosa-. Ya estaba harto de ese concurso tan repetitivo y de los memos que se presentaban. ¡He decidido cambiar de vida! Quiero pasar más tiempo con Nora. ¡Intentaré ser el padre perfecto que no he sido nunca!

